

do tiempo á que terminara el armisticio pactado en la capitulacion de Monterrey, y no solo esto, sino que dictó medidas descabelladas á montones, y entre ellas la evacuacion de Tampico, que nadie atacaba, en donde se perdieron cuantiosos elementos de guerra. Todavía hizo mas: una Division americana mandada por el general Quitman, proveniente de Monterrey, se dirigió por Victoria á Tampico, y al pasar por la sierra iba completamente cansada y desmoralizada. Los vecinos de los pueblos se ofrecieron á concluir con ella, y cuando Valencia se preparaba con buenas tropas, ayudado de infinidad de paisanos armados, á caer sobre aquel enemigo con seguridad completa de exterminarlo, se recibió una orden terminante de Santa Anna, prohibiendo todo lance de armas, lo cual ocasionó que todos los voluntarios se desbandaran.

El Gobierno americano supo bien lo que hizo cuando dijo á su comodoro: "Déjese el paso libre al general Santa Ana."

## CAPITULO XXIX.

### SU ALTEZA SERENISIMA.

Todos sabemos cómo terminó aquella desgraciada guerra en que fueron sacrificadas tantas víctimas, tantos mexicanos valientes y abnegados, por la cobardía, la mala fé y la torpeza de los que mandaban, no menos que por la falta absoluta de patriotismo en los que pudieron ayudar con buenos recursos, teniendo por epílogo el vergonzoso tratado de Guadalupe. Hombres mas hábiles, menos fátuos, ó mejor inspirados por un sano amor á la patria, habrían alcanzado antes grandes ventajas con pequeños sacrificios, una vez que los americanos estuvieron clamando por un avenimiento que los alejara del terreno de las violencias.

Echemos ya un espeso velo sobre tantos errores ó sobre tantas ignominias, que hacen hervir la sangre



al recordarlos, y que señalan el año de 1847 como el año terrible de la República Mexicana.

Santa Anna renunció la presidencia como de costumbre, luego que vió que contra él se levantaba el clamor público que lo acusaba hasta de traición á la patria: el gobierno le quitó el mando militar, y lo sujetó á un juicio, del que salió mas ó menos bien librado, desembarazándose con tanta fortuna de un asunto que, á cualquiera otro le hubiera costado la cabeza, solo con expatriarse cargado de riquezas á Turbaco, pequeña población de Nueva Granada, en donde estuvo consagrado durante cinco años á jugar gallos y á manejar los hilos de la intriga que lo habian de hacer volver á la Presidencia para conducirse mas mal y causar mas perjuicios que en las veces anteriores, como lo veremos mas adelante.

Despues del gran desbarajuste que habia sufrido el país, la administracion pública volvió á organizarse con dificultades, principalmente por los embarazos que sembraban los santanistas y hasta el año de 1840 vino á ser electo el general Arista, Presidente de la República, quien gobernó con juicio y con honradez, en 1841, que fué cuando se hizo la declaracion en su favor, y tomó posesion del poder.

Tantas intrigas se desencadenaron en torno de Arista, que se le obligó á hacer dimision del cargo; y el atrabancado pronunciamiento de Blancarte que provino de una borrachera en un baile, fué, por último, el que vino á decidir, que el general Santa Anna fuera electo presidente por el partido clerical triunfante,

llamándole al poder bajo un programa monárquico, que él se comprometió á sostener, desde su destierro.

Tenemos, pues, al general Don Antonio Lopez de Santa Anna nuevamente en Veracruz el 1.º de Abril de 1853, siendo sus primeras palabras, como siempre, muy respetuosas para la Nacion, llenas de miel para los partidos y plagadas de ofrecimientos en cuanto al programa de gobierno.

El camino que recorrió el Dictador desde Veracruz hasta cerca de la capital, nunca fué tan sembrado de festejos y arcos triunfales: en todas partes habia comisiones esperándole, en donde quiera que habia iglesia se le cantaba un Te Deum, y no escasearon los discursos, las poesías, y las descargas de toda clase de armas.

A imitacion de los antiguos virreyes, se detuvo unos dias en la Villa de Guadalupe, en donde recibió su despacho de Capitan General, expedido por el gobierno. Los aduladores no solo aguzaron el ingenio, para hacerle muecas, sino que parecieron disputarse el premio de la bajeza, en punto á lisonjas.

Siempre habia estado hinchado de orgullo Santa Anna, y en esta vez su orgullo quedó plenamente satisfecho. Pudo ver con sus propios ojos que sus íntimos se habian excedido á sus indicaciones, que se redujeron á que se le hicieran ruidos populares, y fue recibido con estrépito imperial, mas que con estrépito imperial, pues que al mismo Iturbide, no llegaron á hacersele mayores algarabías.

El dia 15 llegó á Guadalupe, y el dia 20 hizo en Mé-



xico su entrada triunfal. En esos cinco días como no ahondarian los cortesanos aquella legua de camino como no se arrastrarian delante del grande hombre!

Santa Anna entró á México mareado y completamente desvanecido, pensando ya en la corona régia que habia de ornar sus sienes.

Después de prestar el juramento á que estaba tan acostumbrado, sin llegar á cumplirlo, pronunció un discurso hablando del uso moderado que iba á hacer de sus facultades omnímodas, nombró un gabinete monarquista presidido por Don Lucas Alaman, y su primer acto fué recibir con todas las ceremonias de corte la Cruz de Carlos III, que le fué enviada por la reina de España.

El antiguo republicano, el federalista, el liberal rojo, tornaba ahora á su país metamorfoseado, reventando ya de aspiraciones monárquicas.

Una hermosa mañana, la del 27 del mismo Abril, se presentó Alaman en el despacho del Dictador llevando debajo del brazo la cartera muy abultada, este le tendió la mano y le dijo sonriéndose:

—¿Todavía no acabamos? Ya me estoy cansando de firmar nombramientos y disposiciones. Creo que nunca habia firmado tantos papeles como en estos seis días.

—En efecto, contestó Alaman secamente, traigo aquí varios proyectos sobre centralización de rentas, sobre extinción de los pequeños congresos, sobre los deberes de las comandancias militares, sobre una contrata de regimientos suizos que se puede dejar para

mas tarde; pero no el expediente sobre protectorado pedido á España, respecto del cual hay que dictar alguna disposición.

—Lo dejaremos también para mañana ó para mas tarde, ahora tengo aquí una idea fija á la cual necesitamos darle forma. Esto último lo dijo rascándose la frente.

Alaman dejó su cartera cerrada encima de la mesa, acercó una silla y tomó asiento enfrente del Dictador.

—Ya escucho á V. E., dijo.

—Me hace muchas cosquillas en el cuerpo el general Arista, murmuró Santa Anna, siempre riéndose, y quisiera hallar el modo de ..... su señoría me comprende. Hay algunos tontos que se hacen lenguas diciendo que Arista se condujo en el gobierno con honradez, que Arista es valiente, que Arista es patriota, que Arista fué celoso guardian de la Constitución, y repiten de él otros elogios que me queman la sangre, que me fastidian .....

—Como V. E. tiene facultades amplísimas para proceder.....

—Puedo hacer con él lo que se me antoje, ya lo sé; pero temo un poco á las murmuraciones.....

—Para evitarlas precisamente hemos expedido el decreto de antes de ayer: la prensa enmudecerá ya, y enmudecerá todavía mas, luego que se hagan algunos escarmientos.

—Y por cierto que nuestra ley de imprenta está bastante dura.



—Como se necesitaba. Dentro de poco daremos la ley contra conspiradores, de manera que pueda ser comprendido en ella el general Arista.

—Es que yo no deseo esperarme ni un día más.

—En ese caso puede notificársele que salga del país por convenir así á la tranquilidad y al orden público.

—Eso es.

—Nadie se atreverá á pedir cuentas á V. E. de ese acto que se estimará de justicia, como todos los que se verifican por razones de Estado.

Y se firmó ese mismo día la orden para que Arista saliera desterrado, produciendo estupor al ex-Presidente y gran sorpresa á todo el mundo que veía comenzar de nuevo la era de las persecuciones; pero nadie se atrevió á levantar la voz, y tras el gran atentado se sucedió el más absoluto silencio.

El 6 de Mayo dijo adiós á su patria Don Mariano Arista para ir á morir en el extranjero.

Se pasaron tres meses en que las nuevas disposiciones de reorganización santanista se amenizaron con francachelas, y en principios de Agosto se publicó el terrible decreto sobre conspiradores en que se prodigaba la pena de muerte y la deportación contra todos los enemigos del gobierno. Creía éste tener muchos entre los servidores de Arista, de que necesitaba desembarazarse.

Haro y Tamariz se separó del gabinete, murieron Tornel y Alaman; D. Juan Suarez Navarro fué arrojado de la oficialía mayor de guerra con ignominia porque

se permitió herir el orgullo del Dictador, y ya pudo éste nombrar un ministerio completamente á su gusto, que le ayudara con pasibilidad á dar desarrollo al programa de dominación absoluta que se había propuesto ejercer en todos los ramos de la administración, así como en todas las personas y cosas de la República, sin ninguna taxativa.

En 19 de Septiembre los nuevos ministros, que eran como se decía entonces el *extracto de la conserva*, decretaron el establecimiento de los jesuitas y que los doctores de la Universidad usaran en los sombreros las borlas con el color de su respectiva facultad, esto es: los médicos, borla y cordones amarillos; los abogados, verdes, y los teólogos blancas.

Todos esos decretos, lo mismo que el uniforme de las autoridades y de los empleados tenían hasta cierto punto alguna inocencia, eran entretenimientos pueriles; pero lo que sí estuvo ya irritante, molesto, odioso é insufrible, fué la lluvia de impuestos de que no se escaparon ni las puertas de los establecimientos, ni las ruedas de los coches, ni los perros, de los cuales solo quedaron exceptuados los que servían para dirigir á los ciegos, y todavía fueron más crueles las requisiciones de caballos y de armas, lo mismo que el sistema de leva para dar al ejército un efectivo de noventa mil hombres, fuera de los tres regimientos de suizos que fueron encargados de contratar los diplomáticos Arrangoiz, Almonte y Pacheco.

Desde los últimos días del mes de Octubre se empezaron á celebrar frecuentes juntas de ministros, pa-



rá tratar un asunto gravísimo, según se decía, en calles y plazas y en los mismos corredores de Palacio. Todos traían las caras largas, aun los miembros del cabildo eclesiástico, porque nadie estaba entonces á salvo de recibir su ramalazo.

—Los ministros han salido hoy del despacho muy preocupados, decía un salicitante de empleo á otros camaradas.

—¿Qué será? preguntaba un segundo.

—Parece que se va á dar una nueva ley de contribuciones.

—No, ya no hay sobre qué imponerlas. Solo que sea la de echarse sobre los bienes del clero.

—Eso se teme en el Arzobispado.

—Me han dicho que se va á dar otra ley *del caso* para desterrar á los sospechosos.

—A mí me han contado que se van á vender á los yankees unos departamentos.

Y así todos los días se hacían mil suposiciones respecto del trabajo asídúo á que estaban entregados el Presidente y los ministros.

Por fin, se tuvo el parto el 11 de Noviembre, apareciendo el decreto en que se restablecía la *Nacional y distinguida Orden de Nuestra Señora de Guadalupe!* con todos sus ceremoniales. Esto, los ceremoniales y el programa de los divertimientos, era lo que había hecho sudar el quilo á los señores secretarios de Estado. Ceremonias y procesiones, bailes y tertulias, regl as sobre la etiqueta, mantos, cruces, bordados y r opeles, colores de las libreas, funciones religiosas y

órden gerárquico de los cruzados, fueron el resultado de tantas meditaciones, llevando por adorno prisiones, confinamientos, sentencias de muerte y otras gracias de sus señorías, que además de ser amantes del placer estaban devorados por la fiebre del esterminio.

La aplicacion de la ley sobre conspiradores y otra que se dictó mas tarde contra los sospechosos, así como las circulares reservadas á los gobernadores y comandantes militares sobre vigilancia y espionage, dieron una cosecha muy grande de víctimas, que se contaron por centenares, escogidas naturalmente entre las que repugnaban á aquel..... (íbamos á decir órden), aquel desórden de cosas.

Uno de los *sospechosos* fué el coronel Florencio Villarreal, comandante de la Costa Chica en el Sur, á quien se destituyó con órden de presentarse en la corte, lo cual se cuidó de hacer, siendo uno de los que dieron despues al Dictador muy fuertes dolores de cabeza.

Se había señalado un año por la revolucion santanista para el desempeño del poder discrecional, y el tiempo corría velozmente para los hombres de la situacion, por lo que dijo un día el mismo Santa Anna á su ministro Bonilla:

—Creo que debemos pensar ya en la convocatoria para la eleccion de un Congreso constituyente, conforme á los convenios de 6 de Febrero.

Bonilla clavó sus ojillos en el Dictador, y le contestó con sorna:

—Entendía que las actas de adhesión que hemos



mandado levantar por todas partes, eran para retardar lo mas posible ese suceso, que siempre ha sido entre nosotros lamentable, porque no estamos hechos para parlamentos.

—Efectivamente, es embarazoso para un gobierno cualquiera el sistema parlamentario. Yo, por mí, aboliría para siempre los congresos.

—Y como sin ellos nos la vamos pasando tan bien!

—El caso es que yo no puedo prorogar por mí mismo la dictadura.

—Las actas están viniendo ya en el sentido de la próroga.

—No es bastante eso: necesitamos algo mas formal que las actas de los pueblos en que me vienen proclamando Emperador.

—¿Por ventura tiene ya V. E. una idea?

—Tengo una que someto á su exámen. Hay en Guadalajara un general Ortega que figura como Gobernador, á pesar de ser muy bestia. el cual obedecerá ciegamente cuanto se le diga. ¿No le podríamos encomendar que hiciera una especie de pronunciamiento proclamando nuestro poder indefinido?

—¿Y por qué no decirle de una vez que proclame la monarquía?

—Todavía no: necesitamos antes tantear el terreno en los Estados Unidos.

—Cuando menos le diremos que proponga la Presidencia vitalicia con facultades de dejar nombrado al sucesor.

—Eso sí me parece conveniente. Haga su señoría

lo que mejor le parezca, de acuerdo con mis principios políticos que le son ya tan conocidos.

Al día siguiente salió un comisionado con las necesarias instrucciones, y el 17 de Noviembre todos los serviles de Guadalajara, con D. Jose María Ortega á la cabeza, firmaron las cinco proposiciones que les mandó ya redactadas Bonilla, conforme á las que, se prorogaban las facultades omnímodas por todo el tiempo que fuera necesario para organizar la Nación, con la de nombrar sucesor en el pliego de mortaja.

El 16 de Diciembre dió el gobierno el decreto declarando que era voluntad de la Nación que continuara la Dictadura, que el Presidente tenía facultades para nombrar un sucesor, asentando su nombre en un pliego sellado y cerrado; por el artículo 3<sup>o</sup> se previno que para lo sucesivo el tratamiento que se debía dar á Santa Anna, era el de Alteza Serenísima.

Tenemos pues que á esas fechas era ya Don Antonio Benemérito de la Patria, General de Division, Gran Maestre de la Nacional y distinguida órden de Nuestra señora de Guadalupe, Caballero Gran Cruz de la real y distinguida órden de Carlos III, Presidente á perpetuidad de la República Mexicana y Alteza Serenísima.

Nunca la adulacion se arrastró tanto como en esta vez para festejar el nombramiento del general Santa Anna, á cuyos actos de envilecimiento concurrieron hasta personas acomodadas que no tenían ninguna necesidad, humillándose á hacer las más grandés ba-



jezas delante del Dictador, al cual se hicieron en la ocasion continuados festejos.

Varias veces se presentaron en público y particularmente en el Teatro SS. AA., esto es, Santa Anna y la Señora de Santa Anna, á quien se hizo extensivo el título de Alteza, con mantos de seda bordados de oro y ella con corona de pedrería, estando en esas veces el palco del centro encortinado de terciopelo con cordones y borlas de oro; mientras duraba la representacion los gastadores con grandes barbas postizas hacian la guardia. Al entrar SS. AA. todos los concurrentes tenian que ponerse de pié y quitarse los sombreros, desplegándose en todo el boato de las cortes europeas.

Luego que pasaron todas las ruidosas fiestas de la capital, Santa Anna volvió á llamar á su ministro Benilla, que era su dedo chiquito, y le dijo:

—¿Cómo hemos quedado de recursos despues de hechos todos esos gastos?

—Hemos quedado en un *petate*, serenísimo señor.

—Sería ridículo que ahora que estamos tan arriba se nos echara de ver la arranquera.

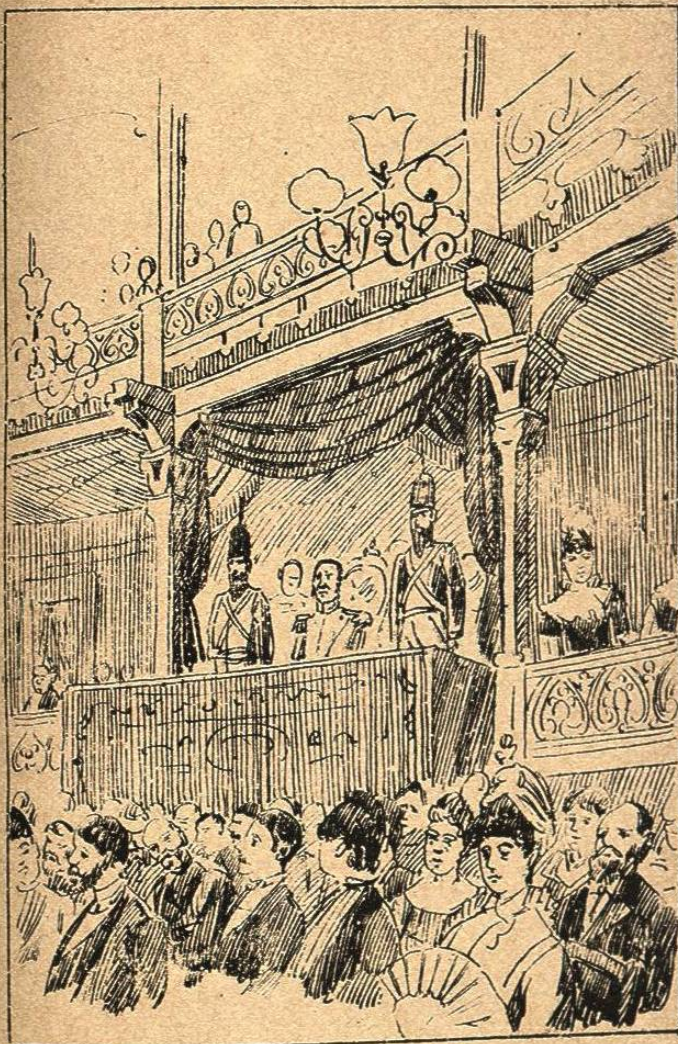
—Eso mismo pienso yo, serenísimo señor.

—Lo cual quiere decir que hay que darle recio á la venta de la Mesilla.

—Desde quince millones que daban los americanos han ido rebajando á siete al ver nuestra necesidad de dinero.

—Pues hay que recibir aunque sean cinco, el caso es que no se nos vaya el marchante.

## LEYENDAS HISTORICAS



Su Alteza Serenísima.



—Entonces será ya tiempo de que empiecen á decir nuestros periódicos que estamos haciendo un magnífico negocio.

—Sí; que lo diga *El Universal*, que es el mas servil que tenemos.

Salió la noticia, se cedió al Gobierno americano la gran faja de terreno, por un plato de lentejas que se arrebataron despues los parásitos y los usureros; y Bonilla presentándose á Santa Anna, y haciendo uan profunda inclinacion de cabeza, le dijo:

—Ha quedado servida Su Alteza Serenísima.